



DOLORES
SOPENA
INSTITUTO CATEQUISTA

LA FAMILIA SOPEÑA

“UNA EFICAZ PRESENCIA EN EL MUNDO DEL
TRABAJO”



TRES RETOS Y TRES RESPUESTAS

A finales del s. XIX y primeros del XX, Dolores Sopena tuvo que responder a tres grandes retos:

- La **revolución industrial**: Concentración de población en las grandes ciudades que se van industrializando, abandono del campo, migración del campo a la ciudad, hacinamiento, crecimiento de los suburbios, condiciones de vida infrahumanas, poco acceso de grandes masas de hombres y mujeres a los bienes básicos de la educación, la salud; dificultad para insertarse en una sociedad que exigía mayor capacitación...
- El **anticlericalismo**: Gran desarrollo del liberalismo y del movimiento obrero. Los intelectuales y los trabajadores abandonan la Iglesia. Se identifica lo eclesial con las clases influyentes. La Iglesia pierde credibilidad, la gente del pueblo la siente de parte de los poderosos y lejana a sus intereses, entra en crisis la religiosidad tradicional... Dios y todo lo religioso es fuertemente contestado y rechazado.
- La **división de clases sociales**: El desarrollo de la filosofía marxista difunde la interpretación del mundo como una sociedad dividida en clases antagónicas e irreconciliables: los poderosos, que se enriquecen cada vez más a través de la explotación de los pobres y que ven en el ser humano sólo una fuerza de trabajo; y el mundo obrero pobre y explotado.

A estos tres grandes retos, DRS responde con tres grandes intuiciones:

- **Salir al encuentro** de aquellas grandes masas de obreros que viven hacinados en las barriadas de las grandes ciudades. Salir al encuentro para ofrecerles lo que la sociedad les ha negado: *“dignificar más y más al trabajador ha sido la más vehemente aspiración de toda mi vida.”* De allí sus Centros Obreros de Instrucción, donde se convocaba a los obreros para enseñarles cultura básica y un oficio para poder ganarse la vida.
- **Hablar de Dios con las obras** antes que con las palabras. Su vocación era *“dar a conocer a Dios.”* Pero, ¿cómo hablar de Dios en un mundo con prejuicios religiosos? Hacía falta un nuevo lenguaje. Y está convencida de que *“no aman a Dios porque no le conocen.”* ¿Qué hacer? Se hace cargo de sus problemas, da respuesta a sus necesidades, desmonta prejuicios y, al final, puede anunciar a un Dios que ha demostrado preocuparse sinceramente por su situación, un Dios Padre de todos que se interesa por la suerte de sus hijos y se solidariza con ellos.
- **Hacer de puente**. Acercar a los sectores distanciados socialmente. Su sueño: *“Hacer de todos una sola familia en Cristo Jesús.”* Cree firmemente que el contacto entre las personas elimina prejuicios y hace surgir la corriente del amor, la única fuerza capaz de cambiar el mundo. Y crea cauces de encuentro, de compartir fraterno entre sectores sociales antagónicos. Despierta la conciencia social cristiana en las clases más “acomodadas”, las invita no tanto a dar limosnas cuanto a trabajar en la promoción de los sectores más desfavorecidos.

NUEVOS DESAFÍOS

La sociedad de comienzos del tercer milenio es distinta a la que le tocó vivir a Dolores Sopeña.

- Los **movimientos migratorios** se han globalizado. Pueblos enteros del tercer mundo se desplazan al primero en busca de trabajo, de condiciones de vida más dignas. Masas humanas viven en condiciones infrahumanas y tienen dificultades para insertarse en un mundo que tiende a dejar abandonados en la orilla del camino a quienes no pueden adaptarse a las nuevas exigencias tecnológicas.
- El anticlericalismo se ha convertido en **indiferencia**. Ya no estamos ante un Dios que es fuertemente contestado o rechazado; Dios es el gran ignorado; para muchos, Dios sencillamente no existe o puede ser fácilmente sustituido por otras creencias.
- Ya no nos encontramos tanto en una sociedad en la que conviven dos clases sociales antagónicas, cuanto en un **mundo multicultural y pluriétnico**.

Las grandes intuiciones de Dolores Sopeña permanecen actuales. Sustancialmente, los retos son los mismos: trabajar por la dignidad de la persona humana, por sus derechos; anunciar a un Dios Padre de todos; crear fraternidad. Sí, tres grandes retos que han adquirido proporciones gigantescas, globalizadas...

Y las respuestas apuntan en la misma dirección: comprometerse en la promoción humana, hablar de Jesucristo con acciones que hagan creíble el anuncio del Evangelio; trabajar para que todos lleguemos a ser una sola familia en Cristo.

UNA PASTORAL PARA UN MUNDO LAICO

1. Fundamentos de nuestra acción pastoral

La misión de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo, primer evangelizador, que hace suya la voluntad del Padre: evangelizar.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado para evangelizar a los pobres”. (Lc 4,18)

Dios está implicado con toda la realidad personal, social, histórica; su presencia es una tienda plantada en medio del mundo. En cada momento escucha el lamento de la humanidad sufriente y le responde; elige y prepara personas concretas para transformar la sociedad según su proyecto.

Dolores Sopeña en la contemplación de Jesús en Getsemaní, condensa la comprensión del misterio redentor. Su experiencia es profundamente trinitaria. La misión brota de la invitación del Padre a seguir a su Hijo hasta las últimas consecuencias, hasta dar la vida como expresión máxima de amor. Ella se siente elegida por el Hijo que desea asociarla a su misterio redentor. Y experimenta la acción del Espíritu como permanente actualizador de este misterio. Tiene la experiencia de que, como una nueva encarnación de Cristo en ella, su tarea es dejarse conducir por Dios que es quien realiza la obra y le da vida.

Dolores Sopeña tiene una concepción de la persona que brota de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, que le hace ver al hombre como un ser libre y destinado a desarrollarse y crecer y asumir su destino de hijo de Dios, hermano de los otros y señor de la creación. Esta concepción y la experiencia de Dios le dan una sensibilidad particular para contemplar entre los hombres y mujeres de la sociedad de su tiempo un grupo humano en los que la imagen de Dios está borrada por desconocimiento, por prejuicio y no se sienten valorados ni amados por la sociedad: el mundo obrero.

Esta sensibilidad la hace percibir y sentir las carencias de estas personas, las diferencias sociales, las distancias que las separan de otros que disfrutan de bienestar material y posibilidades de desarrollo y que también necesitan conocer a Dios como Padre, formación en la fe y que se despierte su conciencia social cristiana. Todos son llamados a vivir como hermanos, a “formar una sola familia en Cristo.”

Su experiencia cristológica y su sensibilidad histórica, se concretan en una respuesta que tiende a remediar esas carencias y la compromete de tal forma, que configura un estilo de vida.

Dolores Sopeña siente que su respuesta carismática llena un vacío en la Iglesia de su tiempo: la promoción y evangelización de la familia trabajadora, de los que no aman a Dios porque no le conocen, de los alejados de la Iglesia por diversos motivos, de crear fraternidad entre grupos distanciados socialmente. Y esta respuesta permanece actual.

Todo lo humano tiene que ser asumido para ser salvado. El carisma Sopeña muestra su vinculación con la historia. Dios nos urge a compartir la vida con nuestros hermanos y hermanas que sienten con más fuerza la debilidad, la exclusión social, el azote de la pobreza y la injusticia.

Hoy, el carisma Sopeña está llamado a hacer presente a Dios en el mundo secularizado en que vivimos, a transformar la realidad, su dinamismo, sus estructuras, haciendo germinar por contagio las semillas del Reino por medio de acciones encaminadas a la promoción humana, el anuncio explícito y la fraternidad.

El compartir y transformar situaciones de debilidad y pobreza no supone pactar con ellas. Las personas necesitan que se les tienda una mano, que se les ayude a salir de su situación de desvalimiento. La respuesta solidaria de la compasión cristiana eficaz nos lleva a:

- Confiar en la persona, en sus posibilidades de desarrollo humano y espiritual, ayudar al hombre y a la mujer a encontrar sentido en sus vidas.
- Contemplar a la persona en su totalidad, favoreciendo su autonomía y libertad, acompañarla en su proyecto de vida fundamentado en valores cristianos que le ayuden a consolidar su identidad y sentido moral.
- Ayudar a desarrollar todas sus dimensiones físicas, afectivas, intelectuales, profesionales, éticas y trascendentales.
- Considerar esencial la acogida, el diálogo, el respeto a la persona, sus tradiciones, creencias, ideologías, diferencias étnicas.

- Promover una actitud crítica ante la vida y las exigencias del mundo actual: individualismo, competitividad, materialismo.
- Potenciar a la persona para que se sienta y actúe como agente transformador de la sociedad.
- Hacer presente un Dios encarnado en Jesucristo que salva al hombre en la medida que se va dando el amor, la libertad, la justicia y la fraternidad.
- Creer que junto a Jesús podemos transformar las debilidades nuestras y las de las personas que acompañamos en “alimento de multitudes”.

2. Respuestas carismáticas

a) La Fundación Dolores Sopeña (antes Obra Social y Cultural Sopeña – OSCUS)

Desde el principio, Dolores Sopeña intuye que, para actuar en un mundo laico, es necesario una presencia civil. Por eso, funda una Asociación, cuyos Estatutos son aprobados por el gobierno español el año 1902, el año siguiente de la fundación del Instituto.

La Fundación Dolores Sopeña, es una institución civil sin ánimo de lucro, no confesional, de inspiración católica, que promueve actividades encaminadas a la promoción de la familia trabajadora, a favorecer relaciones humanas fraternas y a ofrecer plataformas de voluntariado social.

La Fundación anima:

▪ Centros de Formación y Capacitación

A ellos acuden adultos en el vigor de la vida, con posibilidades y deseos de transformación; hombres y mujeres marcados por la precariedad laboral, la modestia y la dependencia económica; personas alejadas de la Iglesia, pertenecientes al grupo de los indiferentes; inmigrantes que se acercan al primer mundo en busca de trabajo y mejores condiciones de vida para ellos y sus familias.

En estos Centros se desarrollan actividades que posibilitan la formación académica básica, la inserción sociolaboral, la integración social, espacios de ocio, relación y esparcimiento, crecimiento personal, educación en la fe; y se ofrecen servicios de orientación familiar, psicológica, laboral y legal, apoyo moral, ayudas materiales y bolsa de trabajo.

▪ Colegios y Centros de Formación Profesional

La Escuela es lugar privilegiado de promoción de la persona, favoreciendo su crecimiento y maduración en todas sus dimensiones, desde la visión cristiana del hombre, de la vida y del mundo.

En ella se pretende establecer un proceso educativo de cualificación humana y profesional, especialmente con las personas en situación de desventaja económica, cultural y social, concienciando que la falta de formación genera exclusión.

▪ Trabajo en cárceles

En los Centros Penitenciarios se organizan actividades de formación humana, académica y de educación en la fe, y se mantiene una relación de ayuda con las familias.

El carácter laico de los Centros facilita el vivir y explicitar los valores cristianos en nuestra sociedad, favorece el diálogo entre la cultura actual y la propuesta del Evangelio y ofrece una aportación crítica y constructiva a los problemas culturales y sociales, desde una perspectiva humanista y cristiana.

En todas sus actividades se fomenta Campañas de Solidaridad, dirigidas a financiar proyectos de desarrollo comunitario y adquisición de herramientas de trabajo, como una expresión concreta de la comunión de bienes y de la fraternidad entre las personas de los distintos países.

b) Participación directa en la Pastoral diocesana.

- Se acompaña la formación y crecimiento en la fe de comunidades cristianas, preparación de adultos para los sacramentos de iniciación, pastoral familiar y universitaria, pastoral social y pastoral obrera.
- Otro de los trabajos principales es colaborar en la Pastoral rural y en las misiones populares e incluso promoverlas, especialmente en aquellos pueblos y zonas poco atendidas y con falta de sacerdotes y agentes evangelizadores.

3. Un modo específico de actuación

La Pastoral Sopeña concibe la evangelización como un proceso de crecimiento gradual que va de la promoción humana a la vivencia plena de la fraternidad, pasando por el anuncio explícito del Evangelio.

Desde esta concepción, se evangeliza a través del testimonio de vida, allanando el camino y creando las condiciones necesarias que preparen la acogida del Evangelio, a través de un modelo genuino, concreto y específico de actuación:

- “**Salir al encuentro**”, en su doble dimensión: ir a buscar a las personas donde se encuentran, y, por otro lado, partir de ellas, de sus carencias, necesidades, posibilidades y riquezas.
- “**Ganar el corazón**”. Únicamente el amor que se convierte en don puede transformar a las personas.
- “**Dignificar más y más al trabajador**”. Ayudar a descubrir la dignidad inviolable de la persona en todas sus dimensiones y crear las condiciones para su desarrollo; brindar un servicio de promoción integral especialmente a quienes se encuentran en situación de desventaja económica, cultural y social.
- “**Hacer de todos una gran familia**”. La fraternidad nace del amor y ha de manifestarse en toda la vida. Lleva consigo el compromiso con la justicia, la corresponsabilidad en el reparto y distribución de los bienes de la tierra, materiales y espirituales; el diálogo y participación en esfuerzos comunes a favor del desarrollo del hombre y la mujer; el respeto y la valoración de las diferencias.

UNA FAMILIA, DOS VOCACIONES.

Esta llamada a trabajar en la promoción y evangelización del mundo del trabajo, especialmente en aquellos sectores más alejados de Dios y de la Iglesia, y a construir fraternidad, puede ser vivida, tanto en la vida religiosa como en la vida laical. Laicos y Religiosas, Laicos y Catequistas Sopeña, formamos una familia donde, conjuntamente, trabajamos por el mismo ideal. Y ésta es otra de las grandes intuiciones de Dolores Sopeña.

1. El Instituto Catequista Dolores Sopeña

Al final de su vida, Dolores Sopeña había consolidado una Asociación de Apostolado Seglar y un apostolado social amplio y fecundo, pero seguía sintiendo la llamada no sólo a entregarse plenamente al trabajo apostólico sino a consagrar toda su vida a Dios. Así mismo, veía la necesidad de que hubiera un grupo de religiosas dedicadas a tiempo completo a sostener y animar la Asociación Laical y, a su vez, que hicieran frente a los trabajos más delicados y difíciles de la obra apostólica.

Es así como el año 1901, nace el hoy denominado Instituto Catequista Dolores Sopeña.

Su especial apostolado entre los obreros y, en general, en sectores que por diversas causas no querían saber nada de la Iglesia, determinó desde el principio una forma peculiar de presencia consagrada. Por este motivo, las religiosas de este Instituto no llevan hábito ni ningún tipo de distintivo, precisamente para poder adentrarse en aquellos ámbitos reacios hacia lo religioso. Es la cercanía, el interés por el otro y su mundo, el testimonio de la propia vida, las respuestas concretas a sus necesidades a través de labores de promoción humana y de solidaridad, lo que va limando poco a poco los prejuicios y allanando el camino que permitirá que, en el momento oportuno, pueda anunciarse con palabras el Evangelio y presentar a ese Dios Padre que se interesa por la suerte de sus hijos.

Por eso, el Instituto Catequista Dolores Sopeña constituye una fórmula totalmente original en su tiempo, que integra la presencia en traje seglar en medio del mundo, con la total consagración a Dios y la dedicación exclusiva a los ideales de promoción, evangelización y fraternidad.

“Nuestra misión apostólica nace de la participación en la misión de Cristo, enviado por el Padre al mundo para cumplir su plan de amor y salvación. Debemos procurar en la realización de esta misión, las mismas actitudes de Jesús: el diálogo de la oración con el Padre, la disponibilidad absoluta, la confianza filial y la entrega al trabajo en la extensión del Reino.” (Const. 115)

“El Instituto prestará un servicio de promoción y evangelización a la clase obrera necesitada, especialmente en aquellos sectores más alejados de Dios y de la Iglesia. Trabjará también por crear relaciones humanas más fraternas entre todos los hombres, tratando de superar las distancias que los separan y haciendo que se amen como hijos de un mismo Padre.” (Const. 116)

Este apostolado eminentemente social y una vocación totalmente encarnada “en medio del mundo” –como dicen sus Constituciones– ha determinado la creación de unas estructuras de

vida religiosa abiertas y flexibles, que hacen posible la formación de un cuerpo apostólico ágil y cohesionado, formado por mujeres dispuestas a ser enviadas donde sea necesaria una presencia comprometida en la promoción y evangelización de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, a aquellos lugares donde la luz del Evangelio no ha penetrado aún.

Esta intensa actividad está sostenida por la conciencia de sentirse “instrumentos en manos de Dios”, lo que despierta una enorme confianza en su acción y la fortaleza para acometer empresas “por difíciles que parezcan”.

La espiritualidad cultivada por los miembros del Instituto, una espiritualidad de clara impronta ignaciana, hace posible mantener una intensa vida de oración en medio de un incansable trabajo apostólico. La formación recibida enseña a descubrir a Dios presente en todo y en todos, especialmente en el rostro de los más necesitados de promoción y afecto.

2. El Movimiento de Laicos Sopeña

Una de las grandes novedades de la vida eclesial sugerida por el Concilio Vaticano II (LG 12) y confirmada posteriormente por los Papas es una más intensa, revisada y consistente relación entre religiosos y laicos.

La Exhortación Apostólica CFL lo expresa en el nº 20, cuando dice: «La comunión eclesial se configura más precisamente como comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación.»

En VC nº 54 se nos dice: «Uno de los frutos de la doctrina de la Iglesia como comunión en estos últimos años ha sido la toma de conciencia de que sus diversos miembros pueden y deben aunar esfuerzos, en actitud de colaboración e intercambio de dones, con el fin de participar más eficazmente en la misión eclesial. De este modo se contribuye a presentar una imagen más articulada y completa de la Iglesia, a la vez que resulta más fácil dar respuestas a los grandes retos de nuestro tiempo con la aportación coral de los diferentes dones.»

Desde sus orígenes, el Instituto tiene como finalidad especial promover y animar un Movimiento de Apostolado Seglar que participa de su espiritualidad y colabora en su misión apostólica.

Con la fundación de un Instituto Religioso, Dolores Sopeña no elimina la Asociación de Apostolado Seglar ni el trabajo apostólico es absorbido totalmente por las religiosas del Instituto. Al contrario, la Asociación Laical es potenciada. Incluso en lugares donde no es posible el establecimiento de una comunidad religiosa, se desempeñan trabajos apostólicos gracias a la organización de la Asociación, hoy Movimiento de Laicos Sopeña, en diversas ciudades. Y eran los miembros de la Asociación los que llevaban adelante el trabajo directo, siendo periódicamente acompañados espiritual y apostólicamente por miembros del Instituto.

Por eso, el Movimiento de Laicos Sopeña, en su modalidad de jóvenes y adultos, representa una propuesta a todos aquellos hombres y mujeres que sienten la llamada a vivir su cristianismo comprometiéndose en la promoción y evangelización de los sectores más desfavorecidos de la sociedad y a ser agentes y constructores de fraternidad.

La espiritualidad de los Laicos Sopeña está centrada en Cristo, enviado por el Padre al mundo para cumplir su plan de amor y salvación. Se fortalece en la contemplación de su Misterio Redentor, principalmente en el momento de la oración de Jesús en Getsemaní, de cuya experiencia brota una respuesta: la adhesión completa a la voluntad salvadora de Dios y la decisión de trabajar por la extensión del Reino de Cristo.

3. Una vida compartida

Las diversas formas de vida en las que según el designio del Señor Jesús, se articula la vida de la Iglesia, presentan relaciones recíprocas, que es necesario formular y reforzar (cf. VC 31).

Catequistas y Laicos Sopeña formamos una sola familia, la Familia Sopeña. El ideal y la realidad nos empuja a vivir en relaciones de igualdad, en actitudes evangélicas de aceptación de lo distinto, de misericordia, ayuda, entrega, acogida incondicional, servicio, gratuidad.

Trabajar y compartir en condiciones de igualdad, implica profundizar cada vez más en la propia identidad como Catequista y como Laico Sopeña, precisamente para reforzar lo que es común y para potenciar lo específico de cada vocación para que sea fuente de mutuo enriquecimiento.

- Lo que es común es el ser cristianos, es lo esencial. La continua referencia a Jesús unifica las vocaciones, la misión, la espiritualidad. La consistencia la da el ser, no las funciones, todas necesarias y útiles al Pueblo de Dios.
- Es común el ser consagrados para la misión, la única de la Iglesia.
- Es común la vivencia de los valores evangélicos, de las Bienaventuranzas (aunque sean distintas las formas de vivirlas).
- Es común la espiritualidad y la misión que brotan del carisma Sopeña.
- Es común una parte de la "historia": El Instituto nace para ponerse al servicio de los laicos, para proporcionarles apoyo e inspiración en la misión; los laicos para colaborar activamente en la misión.
- Es común y debe ser reforzada la inserción en la realidad. El espíritu laico con el que comenzó la misión apostólica lo asume y transmite Dolores Sopeña: quiere que las Catequistas, vestidas de traje seglar, estén en medio del mundo y compartan con los Laicos las diversas situaciones de necesidad, sufrimiento y esperanza del mundo del trabajo
- Es común el talante, el estilo de acogida, de ir a buscar, de "ganar el corazón".
- Es común que Catequistas y Laicos, en fidelidad al Carisma, trabajen juntos para hacer de todos una sola familia en Cristo Jesús.

Esta llamada a compartir el trabajo, la vida y la espiritualidad con los Laicos ha sido fuertemente reforzada por los últimos Capítulos Generales:

“El Instituto ofrece a los Laicos lo que es y lo que ha recibido: su herencia espiritual y apostólica, sus plataformas misioneras y una vida de familia.” (Doc. Cap. Gral. 2001)

“La co-participación implica incorporar cada vez más a los Laicos en la programación, realización y evaluación de actividades, fomentando la creación de equipos mixtos (Catequistas y Laicos), desde la conciencia de que son sujetos agentes por derecho de la Evangelización y son corresponsables de la misión apostólica.” (Doc. Cap. Gral. 2001).

ALGUNOS TESTIMONIOS

— “He experimentado que no era sólo aprender a poner la “v” o la “b” sino que caí en la cuenta de que es más importante el amor entre nosotras mismas. He aprendido a mirar las cosas y la vida de una manera diferente.”

— He recibido mucho pero lo mejor ha sido que en mi rostro se ha dibujado una sonrisa.

— “¡Cuánto le debo al Centro! Cuando iba al banco firmaba con una “x”, ahora pongo mi nombre. Además he aprendido a valorarme como persona y como mujer.”

— “Me siento Zaqueo. La Fundación Dolores Sopeña fue el árbol donde me subí para encontrarme con Jesús: ahora lo conozco, entré en mi casa y mi vida es otra.”

— “Los días que vengo al Centro son para mí como un bálsamo, por la noche llego a casa renovada. Regaño menos con mi marido desde que estoy haciendo el curso de autoestima.”

— “El caso es que mando más en mi casa que antes, pero no lo parece porque lo hago con alegría.”

— “Mi hijo me dice que parezco otra persona.”

— “Desde que llamé por teléfono, vi que la Fundación Dolores Sopeña era mi salvación.”

— “Con lo que yo he recibido, no puede menos que dar.”

— “Era el despreciado, el que no valía para nada, del que todo se reían y ahora me siento querido en el trabajo, en mi familia.”